

Juntando el mundo de la ciencia y el mundo de la empresa

Patricio Arrau
Ph. D. Economía, Universidad de Pennsylvania
Presidente Gerens Capital S.A.

(Columna diario La Tercera, 17 de septiembre de 2011)

Promover la innovación ha estado en el discurso de todos los gobiernos que ha tenido Chile en el último tiempo. Es esencial para crecer y superar la pobreza con integración y movilidad social que el país desarrolle creativamente nuevas tecnologías que adapten los procesos productivos a los nuevos requerimientos de la globalidad. Acercar la ciencia a la empresa sigue siendo un desafío pendiente. El debate público ha estado sesgado en esta materia. La tentación política es centrar en el Estado esa labor y en buscar una nueva institucionalidad pública. Un nuevo ministerio de ciencia y tecnología; un diseño que le dé continuidad y mirada de largo plazo al financiamiento público de la inversión en ciencia y tecnología y que resuelva los problemas de agencia que puedan surgir. Recientemente José Miguel Benavente ha expresado con claridad estos problemas del diseño público en una columna de opinión.

Si bien ese esfuerzo sin duda es importante y provee financiamiento basal para la investigación básica, en mi opinión se ha puesto demasiado énfasis en el Estado como actor directo y menos énfasis en el diseño privado que permita que la ciencia y la empresa se encuentren naturalmente. La investigación científica aplicada ocurre cuando los actores que hacen ciencia y aquellos que hacen empresa empiezan a verse más los unos a los otros. Descubren que se necesitan mutuamente. Para que esto ocurra se requieren 3 elementos. Por una parte, los centros donde se realiza ciencia deben interesarse en que su investigación tenga una aplicación concreta. No estoy seguro que los centros universitarios tradicionales tengan ese interés, pues se observa una captura por académicos que tienen cierta aversión a la empresa, aunque siempre es posible encontrar excepciones. Pero crecientemente dicho interés se encuentra en centros independientes. En segundo lugar, la empresa está hoy más interesada puesto que los requerimientos de la competencia global están incentivando cambios en los procesos productivos. Reemplazar la química por la biología en procesos de producción, por ejemplo, ha impulsado fuertemente la investigación en biotecnología. Ya no es posible seguir generando riles peligrosos sin hacerse cargo de ellos. En este aspecto, el proyecto de modificación de la ley 20.241 de I+D, enviado al Congreso en enero pasado y que avanza en su tramitación, puede ser un gran catalizador que impulse la inversión de las empresas en investigación. En tercer lugar, se requiere allí al medio un actor que junte ambos mundos. Una especie de Jean Francois Champollion que con su Piedra de Rosetta, pueda traducir el argot de cada uno de estos mundos y hacerlos comunicarse. La industria del capital de riesgo debe cumplir ese rol, como ha ocurrido en muchos países innovadores. En Chile estamos en deuda. En parte porque la industria es aún infante, impulsada recientemente por CORFO, y se encuentra en la búsqueda de uno o varios modelos de inversión en tecnología; en parte porque es difícil encontrar aportantes dispuestos a asumir estos riesgos; en parte porque faltan historias de éxito en esta materia,



donde también han contribuido los errores de foco que hemos cometido los administradores. Sin embargo, se abre una nueva oportunidad. El renovado interés de empresas y centros científicos de encontrarse, apoyados por los instrumentos públicos descentralizados (nueva ley I+D, fondos CORFO) y una industria de capital de riesgo dispuesta a cumplir este rol de encuentro entre ambos mundos, que se focaliza en canalizar más recursos hacia *start-up* y *spin-off* de alto contenido innovador, puede ser el principio de un círculo virtuoso que permita que emerja un Chile más tecnológico con mejor inserción en el mundo global, que sale más rápido de la pobreza, con mayor movilidad social, y en forma descentralizada.